PASCUA 7

Año C

Tina Francis *es seminarista en* ***el Seminario del Suroeste****.*

El amor en una sala de espera

Permanecían en el vacío del tiempo. En el dolor entre lo que había sido y lo que aún no había comenzado. Jesús se había ido. El Espíritu, esa cosa salvaje e inalcanzable, aún no había susurrado sus nombres. Estaban entre historias, entre respiraciones. La resurrección había ocurrido. Pero el mundo aún no se había puesto al día.

Las lecturas de esta semana no ofrecen un cierre. Nos invitan a entrar en la cruda y irresoluble tensión de la fe. Esa que hiere, pero que canta. Esa que espera, con el aliento entre el dolor y la promesa.

¿Qué es la espera, si no es hambre? Un anhelo que se prolonga demasiado. Una esperanza susurrada en silencio. Habían visto un milagro, lo imposible. Y, sin embargo, Roma seguía siendo Roma. El látigo seguía azotando. Las monedas seguían tintineando en las manos de los que tenían palacios, pero no vecinos.

Y, sin embargo, algo se movía. No en el palacio. No en los tribunales. Sino en las bocas magulladas de los prisioneros que cantaban a medianoche. En el temblor de la tierra bajo los hombres que se creían inamovibles. Este reino no llegaba como suelen llegar los reinos. Sin trompetas. Sin tronos. Solo una tumba vacía. Una sala de espera. Una oración murmurada en la oscuridad.

Y aún así, amor. Un amor que se asienta en la tensión de una historia inconclusa.

Las lecturas de esta semana nos plantean una pregunta difícil y sagrada: ¿Y si la resurrección no es el fin del dolor, sino el comienzo de la práctica?

Hechos 16:16-34

16 Sucedió una vez, cuando íbamos al lugar de oración,
que encontramos a una muchacha poseída por un
espíritu de adivinación. Era una esclava que,
adivinando, daba a ganar mucho dinero a sus
amos. 17 Esta muchacha comenzó a seguirnos a Pablo
y a nosotros, gritando:

—¡Estos hombres son servidores del Dios altísimo, y
les anuncian a ustedes el camino de salvación!

18 Esto hizo durante muchos días, hasta que Pablo, ya
molesto, terminó por volverse y decirle al espíritu que
la poseía:

—En el nombre de Jesucristo, te ordeno que salgas
de ella.

En aquel mismo momento el espíritu la dejó.

19 Pero cuando los amos de la muchacha vieron que ya
no tenían más esperanza de ganar dinero por medio
de ella, agarraron a Pablo y a Silas y los llevaron ante
las autoridades, a la plaza principal. 20 Los presentaron
a los jueces, diciendo:

—Estos judíos están alborotando nuestra ciudad, 21 y
enseñan costumbres que nosotros no podemos
admitir ni practicar, porque somos romanos.

22 Entonces la gente se levantó contra ellos, y los
jueces ordenaron que les quitaran la ropa y los
azotaran con varas. 23 Después de haberlos azotado
mucho, los metieron en la cárcel, y ordenaron al
carcelero que los vigilara con el mayor cuidado. 24 Al
recibir esta orden, el carcelero los metió en el lugar
más profundo de la cárcel y los dejó con los pies
sujetos en el cepo.
25 Pero a eso de la medianoche, mientras Pablo y Silas
oraban y cantaban himnos a Dios, y los otros presos
estaban escuchando, 26 vino de repente un temblor tan
fuerte que sacudió los cimientos de la cárcel. En el
mismo momento se abrieron todas las puertas, y a
todos los presos se les soltaron las cadenas. 27 Cuando
el carcelero despertó y vio que las puertas de la cárcel
estaban abiertas, sacó su espada para matarse, pues
pensaba que los presos se habían escapado. 28 Pero
Pablo le gritó:

—¡No te hagas ningún daño, que todos estamos aquí!

29 Entonces el carcelero pidió una luz, entró corriendo
y, temblando de miedo, se echó a los pies de Pablo y
de Silas. 30 Luego los sacó y les preguntó:

—Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?

31 Ellos contestaron:

—Cree en el Señor Jesús, y obtendrás la salvación tú y
tu familia.

32 Y les hablaron del mensaje del Señor a él y a todos
los que estaban en su casa. 33 A esa misma hora de la
noche, el carcelero les lavó las heridas, y luego él y
toda su familia fueron bautizados. 34 Los llevó después
a su casa y les dio de comer, y él y su familia estaban
muy contentos por haber creído en Dios.

junto al río, donde pensamos que había un lugar de
oración de los judíos. Nos sentamos y hablamos del
evangelio a las mujeres que se habían reunido. 14 Una
de ellas se llamaba Lidia; era de la ciudad de Tiatira y
vendía telas finas de púrpura. A esta mujer, que
adoraba a Dios y que estaba escuchando, el Señor la
movió a poner toda su atención en lo que Pablo
decía. 15 Fue bautizada, junto con toda su familia, y
después nos rogó:

—Si ustedes juzgan que de veras soy creyente en el
Señor, vengan a alojarse en mi casa.

Y nos obligó a quedarnos.

Comentario de Tina Francis

«Bueno, eso se intensificó... al revés».

Era una esclava que sabía cosas, cosas que ponían nerviosos a los hombres poderosos. Su vida se medía en monedas que pasaban de mano en mano. Estaba doblemente atada, era propiedad de otros en cuerpo y alma, y no le quedaba nada que perder. Así que siguió a Pablo y a Silas por las calles, gritando la verdad, pero la verdad dicha por la persona equivocada sigue siendo ignorada.Finalmente, Pablo, frustrado y sin piedad, se volvió y expulsó al espíritu. Este huyó. Y ella quedó libre.

Pero su libertad significaba que alguien perdía sus ingresos. Una pérdida sustancial para los hombres que, digámoslo claramente, eran sus dueños. Así que tomaron represalias, como siempre hace el poder cuando se ve amenazado. Pablo y Silas fueron apresados, arrastrados ante las autoridades, desnudas y golpeadas. Encadenadas como hombres peligrosos. Porque la pérdida de beneficios es algo peligroso, un delito.

En la oscuridad de la prisión, con los cuerpos destrozados y las muñecas doloridas, cantan. Un himno con los labios hinchados. Una melodía que envuelve las costillas magulladas. Y la tierra escucha. La prisión tiembla. Las puertas se abren de par en par. Las cadenas caen.

Y, curiosamente, no huyen.

El carcelero, que tenía las llaves, ve la destrucción y entra en pánico. Temiendo la deshonra, se dispone a quitarse la vida. Pero Pablo le grita, con voz fuerte y tierna, interrumpiendo su desesperación: «No te hagas daño. Estamos todos aquí».

Toda la historia da un giro. Los cautivos se quedan. El carcelero es quien queda libre. Los encadenados son quienes liberan. El reino de Dios llega, no con fanfarria, sino con pasos suaves, en la oscuridad de la noche. Y una prisión se convierte, de alguna manera, en un lugar de alegría.

Preguntas de discusión

¿Quién eres tú en esta historia? ¿La chica que grita la verdad? ¿El prisionero que canta a pesar de todo? ¿El carcelero redimido por la gracia?

¿Qué cadenas, visibles o invisibles, siguen atándote?

¿Y si la libertad no consiste en escapar, sino en quedarse donde estás... hasta que algo sagrado se rompa?

Salmo 97

[1] ¡Dios reina! ¡Alégrese la tierra! *
¡Alégrense las costas más remotas!
[2] Nubes y tinieblas lo rodean; *
la justicia y el derecho cimientan su trono.
[3] Fuego va delante de él *
consumiendo por doquier sus enemigos.
[4] Sus relámpagos al mundo alumbran; *
al verlos, la tierra se estremece.
[5] Los montes se derriten como cera *
ante el Señor, dueño de la tierra.
[6] Los cielos proclaman su justicia *
y todo pueblo contempla su gloria.
[7] Que se avergüence quien adora imágenes y se jacta
de sus ídolos tallados; *
que todos los dioses se postren ante Dios.
[8] Se alegra Sion y los pueblos de Judá, *
Señor, a causa de tus juicios.
[9] Porque tú, Señor, estás por encima de toda la tierra;*
exaltado sobre todos los dioses.
[10] ¡Los que aman a Dios, odien el mal! *
Dios guarda la vida de sus fieles y los libra de
las garras del malvado.
[11] La luz está sembrada para el justo *
y el gozo para el recto corazón.
[12] Justos, alégrense en Dios *
y denle gracias a su santo nombre.

Comentario de Tina Francis

«¿Por qué no podemos tener un Dios bueno?»

Si buscas un Dios bueno y educado, que llegue a tiempo y no cause problemas**, aquí no lo encontrarás.** El Salmo 97 no habla del Dios de las tazas inspiradoras y las pegatinas concisas para el parachoques.

El salmista nos dice que Dios llega en una espesa oscuridad, en nubes ondulantes, en relámpagos que incendian el cielo. Este es un Dios que viene como un fuego voraz. No es el fuego habitual y acogedor, sino el que devora. El que limpia la tierra de todo lo que pretende ser inquebrantable.

La llegada de Dios hace que las montañas se derrumben. Incluso las cosas más altas y seguras, las que pensábamos que permanecerían para siempre, se derriten como la cera. Y la cera, si la has visto derretirse, no ofrece resistencia. Simplemente cede.

Y, sin embargo.

Hay otro tipo de fuego. Un fuego que no destruye, sino que recuerda. Un fuego que no consume, sino que llama tu nombre.

«La luz ha surgido para los justos. Alegría para los sinceros».

Este es el fuego que muestra el camino a casa. El fuego que quema todo lo falso, hasta que solo queda lo verdadero.

Así que nos queda una pregunta. Cuando llegue el fuego, porque llegará, ¿nos prepararemos para enfrentarnos a él? ¿O nos rendiremos y dejaremos que nos rehaga?

Preguntas de discusión

¿Qué hay en ti que necesita convertirse en cenizas y qué necesita ser rehecho?

¿Cómo has experimentado tanto el terror como la ternura de Dios?

Apocalipsis 22:12-14, 16-17, 20-21

[12] «Sí, vengo pronto, y traigo el premio que voy a dar a
cada uno conforme a lo que haya hecho. [13] Yo soy el
alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el
fin.»

[14] Dichosos los que lavan sus ropas para tener derecho
al árbol de la vida y poder entrar por las puertas de la
ciudad.

[16] «Yo, Jesús, he enviado mi ángel para declarar todo
esto a las iglesias. Yo soy el retoño que desciende de
David. Soy la estrella brillante de la mañana.»

[17] El Espíritu Santo y la esposa del Cordero dicen:
«¡Ven!» Y el que escuche, diga: «¡Ven!» Y el que tenga
sed, y quiera, venga y tome del agua de la vida sin que
le cueste nada.

[20] El que declara esto, dice: «Sí, vengo pronto.»
Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

[21] Que el Señor Jesús derrame su gracia sobre todos.

Comentario de Tina Francis

«Para los raros y los cansados»

¿Y si el final no es el portazo de una puerta, sino el sonido de una que se abre con un chirrido? ¿Y si esta extraña y última palabra, la que viene después de los dragones y la desesperación, después de la sangre y la bestia, no es una amenaza, sino una bienvenida? Con alguien susurrando tu nombre en la oscuridad: «Ven».

«Y el que tenga sed, y quiera, venga y tome del agua de la vida sin que le cueste nada.»

No es un premio para los piadosos ni un secreto para los inteligentes. Es un regalo, inmerecido, inconmensurable, simplemente dado. Porque la gracia es así de ridícula. No es así como funciona Roma. Roma dice: «Demuéstralo. Gánatelo. Mécelo». Pero esta ciudad, este reino cuyas puertas nunca se cierran, dice que ya eres suficiente. Este no es un reino para los brillantes y exitosos. Es para los raros, los cansados, los que lloran con los anuncios.

Jesús dice: «Vengo pronto». No es una espera tranquila. Esperamos como esperan las mujeres en trabajo de parto, con la respiración entrecortada entre el dolor y la promesa. Esperamos entregándonos a lo que perdurará más que el dolor. Esperamos convirtiéndonos en la bienvenida.

Ven, Señor Jesús.

No estamos esperando el fin. Estamos viviendo el comienzo de algo que aún no ha llegado del todo, pero que ya es verdad. Hablaremos como quienes han visto lo que la misericordia puede hacer. Creeremos, incluso ahora, que la alegría tendrá la última palabra.

Preguntas de discusión

¿Qué parte de ti sigue sedienta, sigue exiliada, sigue esperando en las afueras de la ciudad?

¿Dónde has confundido las puertas con muros?

¿Y si la nueva ciudad ya se está levantando bajo tus pies?

Juan 17:20-26

[20] »No te ruego solamente por éstos, sino también por
los que han de creer en mí al oír el mensaje de
ellos. [21] Te pido que todos ellos estén unidos; que
como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, también ellos
estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me
enviaste. [22] Les he dado la misma gloria que tú me
diste, para que sean una sola cosa, así como tú y yo
somos una sola cosa: [23] yo en ellos y tú en mí, para
que lleguen a ser perfectamente uno, y que así el
mundo pueda darse cuenta de que tú me enviaste, y
que los amas como me amas a mí.

[24] »Padre, tú me los diste, y quiero que estén conmigo
donde yo voy a estar, para que vean mi gloria, la gloria
que me has dado; porque me has amado desde antes
que el mundo fuera hecho. [25] Oh Padre justo, los que
son del mundo no te conocen; pero yo te conozco, y
éstos también saben que tú me enviaste. [26] Les he
dado a conocer quién eres, y aún seguiré haciéndolo,
para que el amor que me tienes esté en ellos, y para
que yo mismo esté en ellos.»

Comentario de Tina Francis

«Unidad. No uniformidad».

Justo antes de que todo saliera mal —o quizá bien, dependiendo de cómo se lea la historia—, antes de la cruz, antes de las heridas, antes del largo silencio del sábado, Jesús reza. Y no es una oración para pedir un milagro final que sacuda las montañas y derribe a César de su caballo, lo cual, si somos sinceros, habría sido muy satisfactorio. Reza para que nos amemos los unos a los otros. Para que seamos uno.

No una unidad como la de Roma. A Roma le gustaban las líneas rectas, las sandalias pulidas y los enemigos callados. Jesús pide un tipo diferente de unidad, una unidad irregular, cosida con hilo y un poco descosida. El tipo de unidad que se ve cuando tu hermano la fastidia y tú le ayudas a mover el sofá de todos modos. El tipo de unidad que requiere esfuerzo. Que huele a sopa y lágrimas.

Esta unidad, esta cosa sagrada y frágil, no se trata de desaparecer. Se trata de convertirse. Convertirse en un vínculo de amor tan profundo, tan visible, tan obstinado que se niega a desaparecer.

«Para que el mundo crea». No porque los hayamos convencido con argumentos, ni porque los hayamos deslumbrado con brillantez o fuerza. Sino porque hay algo en esta forma de amar que deshace la lógica del mundo. Algo tan tierno que parece peligroso. Algo tan fiel que libera el alma. Amor que canta incluso con las costillas rotas. Amor que sigue uniendo las heridas mucho después de que los titulares hayan pasado a otra cosa.

Esta es la oración final: que el amor sobreviva a la herida. Que la unidad triunfe sobre el miedo. Que no olvidemos cómo pertenecernos los unos a los otros.

Esta es la oración. Este es el legado. Esta es la invitación.

Preguntas de discusión

¿De qué maneras seguimos prefiriendo la unidad de Roma —controlada, limpia, eficiente— a la unidad lenta y vulnerable del amor?

¿Qué significaría tratar a la Iglesia no como una institución que hay que defender, sino como una comunión por la que hay que arriesgarse?

Published by the Office of Communication of The Episcopal Church, 815 Second Avenue, New York, N.Y. 10017 © 2024 The Domestic and Foreign Missionary Society of the Protestant Episcopal Church in the United States of America. All rights reserved. Scripture quotations, with the exception of the Psalms and/or canticles, are from *Dios habla hoy* ®, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Used by permission. All rights reserved worldwide. Psalms and canticles are drawn from the Book of Common Prayer.